

Páginas rescatadas

A cargo de Jorge Domingo Cuadriello

El maestro y la República

Por RAMIRO GUERRA SÁNCHEZ

Cuba tiene una posición geográfica ventajosa, pero llena de peligros según hemos consignado en varias ocasiones. En el orden internacional, las fatalidades de su evolución histórica la han colocado en una situación sumamente delicada, no exenta de graves inconvenientes y temibles posibilidades. La naturaleza de su producción la expone a todos los cambios bruscos que sufre la economía del universo. Lo corto de su población hace de ella un país débil en los conflictos mundiales de agresión, de fuerza y de conquista.

La organización económica interna acusa una falta de solidez, porque el cubano no posee una gran parte de la tierra, ni los bancos, ni las grandes empresas de transporte terrestre y marítimo, ni el comercio, ni la industria. El cubano, aparte del poder político, no dispone de más capital que su inteligencia y sus brazos, capital no escaso en verdad, porque todos los grandes triunfos del hombre son triunfos del espíritu.



Esta peculiar situación de su patria impone al cubano la necesidad de cultivar y robustecer su inteligencia y su carácter, de adquirir una superior preparación técnica -dando a esta palabra un amplísimo alcance- en todos los órdenes del trabajo, desde el más modesto y sencillo al más alto y científico. Sólo a fuerza de inteligencia y de energía de carácter podremos sortear las dificultades de nuestra existencia independiente, en orden a las amenazas de nuestra posición internacional; sólo a fuerza de eficiencia, de tenacidad y de laboriosidad, podremos sobrevivir y triunfar en la lucha económica con pueblos de mayores recursos y mejor organización industrial y mercantil. Todo esto quiere decir que en Cuba el problema de la cultura pública está íntima y directamente ligado con el de la independencia patria y el del bienestar colectivo. El cubano tiene necesariamente que ser una inteligencia viva y ágil, y un trabajador eficiente, o resignarse a un papel humillante y secundario en su propio país.

El maestro aparece así en la República como un soldado de la independencia política y económica, pero sólo el buen maestro, entiéndase bien.

Colocar un mal maestro, que sólo tiene de educador el nombre, pero a quien le falta la competencia profesional, que no es innata ni se improvisa, al frente de un aula y mantenerlo allí durante años, no sólo es cometer un atentado criminal contra niños inermes, sino realizar un odioso delito contra la seguridad y la independencia de Cuba. El maestro ocupa en Cuba, más que en cualquiera otro país, un puesto de honor y de peligro. Debe recibir de la Nación todas las consideraciones y todas las atenciones correspondientes a

sus grandes responsabilidades morales y patrióticas, pero debe reunir todos los requisitos y ofrecer todas las garantías indispensables para la seguridad de la República. Llevar centenares de malos maestros a las aulas, es colocar al pueblo cubano en condiciones de indefensión frente a sus grandes problemas nacionales; entregarlo maniatado e inerme a las fuerzas hostiles que lo combaten dentro y fuera de su propio país. Mediten estas ideas quienes tienen sobre sí la enorme responsabilidad de colocar al frente de las aulas educadores capaces, y entonces comprenderán quizás que nuestra actitud al combatir ciertos exámenes de género ínfimo y al pedir que no se expidan títulos a personas cuya competencia es nula, muy dudosa o está por probarse, se inspira en un nobilísimo sentimiento de amor a la independencia y a la República.

Antes que los intereses personales de un individuo o de mil, de dudosa competencia para la enseñanza, deben estar los supremos intereses de la nación cubana. Esa es nuestra posición. Si es equivocada, es sincera y nos la fija y señala nuestro patriotismo, que no está en los labios, sino hondo, muy hondo, en el corazón.



RAMIRO GUERRA SÁNCHEZ (Batabanó, 1880—La Habana, 1970). Historiador, pedagogo y periodista. Autor de textos fundamentales sobre la historia de Cuba, entre ellos *Azúcar y población en las Antillas* (1927), *Guerra de los Diez Años 1868-1978* (1952) y *Manual de historia de Cuba (económica, social y política)* (1938). Además de desempeñarse como maestro, ocupó el alto cargo de Superintendente General de Escuelas de Cuba, publicó numerosos textos pedagógicos y fue director de la revista *Cuba Pedagógica*. También dirigió los periódicos *Heraldo de Cuba* y *Diario de la Marina*, así como la revista *Trimestre*. Fue uno de los coordinadores y colaboradores de la monumental obra *Historia de la nación cubana* (1952). El presente texto vio la luz como editorial del *Diario de la Marina* el 13 de noviembre de 1923 y constituye el cuarto capítulo de la Cuarta Parte del estudio de este autor *La defensa nacional y la escuela*. La Habana, Librería Cervantes, 1923. pp. 181-183.